

RETAZOS DE VERANO

DISCRIMINACIÓN SALARIAL

Un 81 por ciento de las trabajadoras están discriminadas salarialmente por su condición de mujeres, según un informe del Ministerio de Asuntos Sociales. En los dos extremos de la escala una Directora cobra el 80,7 por ciento del sueldo que habría cobrado un hombre en su mismo puesto. Y una trabajadora no cualificada recibe un 91,7 por ciento menos del salario de un hombre.

		TOTAL EDAD	MENORES DE 25 AÑOS	MAYORES DE 25 AÑOS
TOTAL SECTORES	AMBOS SEXOS	24.853	5.868	18.985
	HOMBRES	11.168	2.381	8.787
	MUJERES	13.685	3.487	10.198
AGRICULTURA	AMBOS SEXOS	742	139	603
	HOMBRES	523	88	435
	MUJERES	219	51	168
INDUSTRIA	AMBOS SEXOS	7.407	1.475	5.932
	HOMBRES	2.623	510	2.113
	MUJERES	4.784	965	3.819
CONSTRUCCIÓN	AMBOS SEXOS	4.508	604	3.904
	HOMBRES	3.795	593	3.316
	MUJERES	713	125	588
SERVICIOS	AMBOS SEXOS	8.054	1.449	6.605
	HOMBRES	3.211	593	2.618
	MUJERES	4.843	856	3.987
SIN EMPLEO ANTERIOR	AMBOS SEXOS	4.142	2.201	1.941
	HOMBRES	1.016	711	305
	MUJERES	3.126	1.490	1.636

Al mismo tiempo, las mujeres ocupan mayoritariamente los empleos peor remunerados con un 57,1 por ciento frente a un 38,8 por ciento de los hombres empleados, por tanto, son receptoras de ingresos iguales o inferiores a las 50.000 pesetas.

Igualmente el paro juvenil es mucho más elevado entre las mujeres. El 47 por ciento de las desempleadas buscan su primer trabajo frente a un porcentaje del 27,9 por ciento entre los hombres. Para acabar de completar el cuadro el 38,7 por ciento del total de las mujeres ocupadas (algo más de 2.000.000) trabajan en condiciones irregulares sin estar dadas de alta en la Seguridad Social.

¡ Cuánto va del dicho al hecho ! ¡ Con los años que lleva inscrito el principio de igualdad en nuestra Constitución ! Los datos recogidos en nuestra provincia sobre el paro registrado por sectores durante el mes de mayo son los siguientes :

EDUCACIÓN Y LENGUAJE

La escuela mixta desde una postura que pretende ser neutral, lo que hace es reforzar las diferencias entre los papeles que la sociedad atribuye al hombre y a la mujer... Las niñas han entrado en el colegio de los niños y han tenido que absorber el modelo de enseñanza preestablecido de caracteres básicamente masculinos y masculinizados. El lenguaje que se emplea en la clase, en los libros, en los cuentos es marcadamente masculino con algunas excepciones. La ciencia que se aprende es androcéntrica.

La historia se narra desde el punto de vista de los hombres, ignorándose la intervención de las mujeres. Algunos ejemplos de lenguaje casi a las puertas del Siglo XXI :

- «Verdulero» Hombre que vende verduras.
- «Verdulera» Mujer maleducada.
- «Hombre público» Varón dedicado a tareas públicas.
- «Mujer pública» Prostituta.
- «Prójimo» Cualquier persona respecto de otra.
- «Prójima» Mujer de dudosa conducta.

Estos y otros condicionamientos sexistas de la lengua muy especialmente de los genéricos masculinos, dejan en la ambigüedad si la mujer está efectivamente incluida o no, esto se denuncia en el folleto de recomendaciones para el uso no sexista de la lengua del Plan de Igualdad de Oportunidades para las Mujeres.

ERÓTICA

La palabra *erótica* proviene del griego *erwz* (*eros*) y alude al poder creativo y a la armonía, así cuando hablamos de la erótica hablamos de una poderosa energía creativa cuyo conocimiento y uso reclamamos como mujeres en nuestro lenguaje, en nuestra historia, en nuestros bailes, en nuestros amores, en nuestros trabajos y en nuestras vidas. De la misma manera que nuestro cuerpo se abre a la música y escucha sus más profundos ritmos es posible abrirse a una experiencia erótica, plena desde lo femenino, compartiendo este goce físico, emocional o intelectual y creando un puente entre las personas que sirve de base para aceptar las diferencias como una fuente de riqueza frente a una sociedad racista, patriarcal y antierótica.

NUESTRA ÚLTIMA RECOMENDACIÓN ES QUE PASÉIS UN BUEN VERANO.
SECRETARÍA DE LA MUJER.

ELEGÍA A ISIDORO

Por fin lo han conseguido. Después de quince años terribles intentando malamente desfenestrar al mejor estadista español desde los tiempos de Carlos V, han logrado su macabro objetivo. ¿Y habrá aún quién se atreva a enredar, interpretando su dimisión solemne como una miserable operación interna contra esa entelequia llamada *guerrismo* ? Sin duda, la prensa canallesca y amarilla y la opinión publicada darán pábulo a esta interpretación malsana de lo que no es sino una honrada renuncia después de una descomunal campaña de difamaciones que ha visto España contra el mejor de sus servidores públicos.

No será fácil exagerar sus méritos. Nos enseñó a todos y a todas, en medio de la estupefacción general de los creyentes, que había que ser socialistas antes que marxistas. Fino analista de la realidad contemporánea, demostró al mundo que podíamos ser fervorosos atlantistas y socialistas sin avergonzarnos. De hecho, en una sutilísima metáfora, confesó que prefería morir apuñalado en el Metro de Nueva York a tener que vivir en Moscú (si bien algunos simples no acabaron de captar la enjundia de la frase y se preguntaron si un líder socialista no tenía nada mejor que ofrecer como bandera ideológica). A pesar de la rigidez de los dogmáticos, entendió mejor que nadie que el PSOE podía, sin contradecir sus siglas ni desvirtuar sus esencias históricas, defender las múltiples ventajas del Capitalismo, del Parlamentarismo Liberal y de la Economía de Mercado y abandonar los viejos prejuicios marxistas que preconizaban la Igualdad entre los hombres y los pueblos, el Internacionalismo Solidario, la abolición de las clases sociales, el fin de las diferencias económicas y de la explotación laboral de unos hombres por otros y todas esas rancias pamplinas de los socialistas antiguos que citaban a Marx, a Pablo Iglesias, a Besteiro y a Nicolás Redondo.

Empeñado en modernizar y sacar a España de un retraso irreparable, no dudó en mantenerse con firmeza en el Gobierno de la Nación, a pesar de su ciclotímico cansancio y de las infamias que pretendían responsabilizarle de los casos -siempre excepcionales- de corrupción que, de tarde en tarde, se registraban bajo su Administración socialista (que si Juan Guerra; que si los GAL y el terrorismo de Estado; que si los fondos reservados y las comisiones ilegales; que si Luis Roldán y la Guardia Civil y Mariano Rubio e Ibercorp y Aída Álvarez y Filesa; que si la financiación irregular del PSOE; que si el BOE de Salanueva y la Cruz Roja y el CESID y las escuchas telefónicas a no sé cuánta gente). ¿Y qué podía hacer Felipe González, sino

exculparse -nunca disculparse- y confesar que de todo ello se enteraba por la prensa? ¿Puede acaso penalizarse tanta confianza en subordinados leales? En su afán por elevar a su patria de la infrahistoria, no dudó -por mucho que ello hiriera sus sentimientos más profundos de socialista- en enfrentarse con los sindicatos hermanos CC.OO. y U.G.T., y todavía prosaicamente obreros, y con los partidos de izquierda que se atrevían a criticar la modernidad de su política. Sufrió la incomprensión general y varias huelgas generales en su empeño por instaurar en España ese nuevo

socialismo que nadie, sino él, entendía. ¿Puede alguien imaginar su dolor al escuchar los crudos reproches de Nicolás Redondo, Pablo Castellano o Gregorio Peces-Barba, cuestionado la heterodoxia de su socialismo? Pero González para mejor afrontar los retos de una postmodernidad en la que había que ser competitivo y realista en vez de solidario e iluso, supo reorganizar un disciplinado Partido Socialista Obrero Español, fiel a su líder carismático, obediente y desprovisto de las inoperantes taras democráticas de otros tiempos. Y se acorazó en la soledad platónica del Palacio de la Moncloa -con lo duro que tiene que ser eso, con bunker y todo- para resistir las acusaciones que envidiosas y antisocialistas, tachaban a los diputados del PSOE de subalternos bien cebados, nuevos ricos que

cobran sueldos y buenas dietas y votaban sin rechistar lo que hiciera falta votar, como asalariados de la votación, por mucho que repugnara a sus conciencias adormecidas por el status parlamentario y su satisfecha condición de prohombre que pervierten la democracia y hacen el socialismo desde coches y despachos oficiales y sueldos algo superiores al salario mínimo interprofesional de 55.000 pesetas que habían votado para los/as demás trabajadores/as. ¿Y qué decir de su flexibilidad ideológica, que algunos han querido confundir con un lento proceso de corrup-

ción moral? Para hermanarse con el empresariado y con la España no socialista, en un claro mensaje ecuménico superador de las heridas de las dos Españas, tuvo el santo valor de practicar durante años una política económica liberal; y hasta consintió los excesos del capitalismo moderadamente salvaje que parecía beneficiar a todo el mundo, excepto a los/as y trabajadores/as (a pesar del entrañable afecto con que seguía distinguiéndolos en sus mítines electorales). Para superar prejuicios absurdos, ni siquiera tuvo reparo en utilizar el yate Azor del Caudillo ni en abandonar los resabios del puño cerrado y la Internacional en las ceremonias rituales de su Partido -con fines exclusivamente pedagógicos- el enriquecimiento ilícito de unos cuantos líderes advenedizos del Partido Socialista. ¿Acaso no era una sublime forma de igualdad permitir que también los representantes de los pobres robaran, se corrompieran, malversaran, mintieran y hasta imitaran las formas de vida y de comportamiento de los ricos de siempre? Pocos, sin embargo, entendieron esta forma tan sutil de dignificar al proletariado español. Los más recurrieron a los tópicos de «advenedizos», «vendepatrias», «sinvergüenzas» y «traidores».

¿Y qué decir de su despedida hacia el poder? ¿Cuántas veces presentó, o amagó con presentar su dimisión desinteresada y tuvo que volver a su pesar, para mantener viva la llama eterna del socialismo de Pablo Iglesias, aguantando encima a quienes le acusaban de haber construido un Partido basado en el personalismo e incapacitado para la autocrítica, el debate libre y la democracia interna?

Pero, en fin, la indignación me impide continuar. Él siempre quiso terminar su mandato con honor. Y ahí queda su obra. Se va él. Que nadie lo eche (de lo que los malos deducen infinitas complicidades, en lugar de reconocer un acto de amor).

